

oooooooooooooooooooooooooooooooo

Antes de hacer la maldad
o de sucumbir al vicio
acuérdate del Juicio
y su terribilidad.

oooooooooooooooooooooooooooooooo



LA HOJA PARROQUIAL



SANTA MARIA LA REAL DE LA CORTE.—OVIEDO

Domingo XXVII después de Pentecostés

Contiene este Evangelio las profecías de la destrucción de Jerusalén y del fin del mundo, de que aquella era figura. ¡Cuán terrible nos pinta Jesucristo este tremendo día! "Se oscurecerá el sol, la luna no dará su luz, las estrellas del cielo caerán y las virtudes del cielo se conmoverán. Y entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del Hombre; y se levantarán entonces todas las tribus de la tierra y verán al Hijo del Hombre venir en las nubes del cielo con mucho poder y majestad; y enviará a sus ángeles con una trompeta y una gran voz, y congregarán a sus elegidos de las cuatro partes del mundo, desde un extremo de los cielos hasta el otro".

Nosotros, que nos asustamos por uno de esos cataclismos que suceden a veces en lejanas tierras, ¿qué haremos cuando nos veamos envueltos en

aquel cataclismo universal, ante el cual los que actualmente suceden son como juegos de niños? Y allí nos hemos de encontrar; con este mismo cuerpo nos hemos de levantar del polvo de la tierra; con estos mismos oídos hemos de escuchar el sonido espantoso de la trompeta; con estas mismas piernas hemos de caminar a donde nos quieran congregarse para juzgarnos; con estos mismos ojos hemos de ver la señal resplandeciente de la venida del Hijo del Hombre, y a éste, con cara terrible, si somos de los réprobos, y dulce y apacible si somos de los escogidos.

¿Cuál será nuestra suerte? La que ahora nos procuremos. Imitemos a San Jerónimo, que continuamente se figuraba que estaba oyendo el sonido de aquella trompeta, y por eso hizo vida tan austera y santa.

Sección Apologética

LA FE ES UN DON DE DIOS

—De modo que, según usted, la soberbia aparta de la fe; la avaricia, lo mismo; la lujuria, ídem; es decir, que todos los pecados capitales son obstáculos para creer.

—Así es, ni más ni menos, amigo Bartolo.

—Y yo que estaba en la creencia de que todo eso era cuestión de la razón...

—Pues estabas muy equivocado. Y para que te convenzas, te citaré un párrafo, no de ningún Santo Padre, sino de nuestro insigne novelista Palacio Valdés.

—A ver qué dice ese ilustre compatriota.

—“Los hombres tienen gran confianza en su razón; pero la razón no crea nada en el mundo. La razón no es una facultad creadora, sino crítica. Con la razón no se han escrito los grandes poemas, ni se han com-

puesto las hermosas sinfonías, ni se han ejecutado las acciones heroicas. Hay algo por encima de eso que llamamos razón, y este algo es la presencia en nuestra alma de una luz sobrenatural; esto es, la inspiración, la fe”.

—No está mal el parrafillo.

—Está mejor que lo que parece a primera vista; pues aquí presente el genio del autor esa luz sobrenatural que ha de iluminarnos para creer, o sea lo que en Teología se llama la gracia de Dios.

—De eso si que yo no entiendo una palabra, señor Cura.

—Si duran mucho nuestras charlas tal vez te lo explique; pero ahora bástete saber que esa gracia la da Dios a quien quiere; y por tanto, que la fe es un don de Dios. Jesucristo dijo: *Nadie puede venir a mí, si no le fuere dado por mi Padre* (Joan, VI-66), y el Apóstol, más claramente: *La fe es un don de Dios* (Ephes, 4-8).

—Bueno, eso según ustedes, nada tiene de particular; porque también la razón la dió Dios, y las demás potencias, y los sentidos, y la vida.

—Pero la fe es un don más particular, que se da a unos y a otros no. Uno, por ejemplo, nace entre cristianos; le bautizan, y adquiere la fe; le instruyen en la doctrina, y cree. Otro nace entre moros, y no tiene la fe, porque nadie se la ha enseñado. Ahí ves cómo la da Dios a quien quiere.

—En eso también estoy conforme, porque depende del medio en que uno se educa; pero no veo eso de la ilustración interior; o gracia que ustedes dicen.

—Te pondré un ejemplo: Saulo era perseguidor de los cristianos; iba a Damasco, montado en un caballo, con intención de traer presos a todos

los que encontrase. Mas repentinamente le rodeó un esplendor de luz del cielo, y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* El dijo: *¿Quién eres, Señor?* Y le respondió: *Yo soy Jesús a quien tú persigues: dura cosa te es dar coces contra el aguijón.* Y temblando y despavorido, dice Saulo: *Señor, ¿qué quieres que haga?*

Lo demás debes de saberlo ya: Saulo fué el gran apóstol San Pablo. A éste le dió Dios una gracia *tumbativa*: a los demás no nos la da de modo tan visible; pero es muy cierto que sin ella “no podemos principiar, ni continuar, ni concluir cosa conducente para la vida eterna”.

Cristianos de capricho

Si te presentaras tú, lector, a la autoridad militar y le dijeras que querías servir a la Patria bajo sus banderas, pero que había de ser bajo las condiciones que tú quisieras, con el reglamento que a ti te viniera en gana, con las armas que tú escogieras y con el uniforme que mejor te pareciera, ¿te parece que aceptaría la autoridad militar tus ofrecimientos?

Claro que no; evidentemente que te arrojaría de su presencia por temerario, loco y falto de sentido.

Pues ese es nuestro caso. Son muchos los cristianos que sí quieren servir a Dios, pero no como El lo manda y no quieren sus mandamientos, sino como a ellos les viene en ganas y capricho.

No van a misa porque no les gusta y les parece que eso no lo manda Dios.

No se confiesan, porque ellos querían que no hubiera esa obligación.

Están llenos de vicios y creen los muy zafios que de ese modo se guardan los preceptos.

Quisieran que el séptimo y sexto mandamientos no existieran; que no hubiera Ley ni Mandamientos divinos y así, dicen en la práctica, servirían mejor.

A esos tales hay que compadecerlos por locos o tontos.

B U Z O N

Vergonzosa.—No, señora. No hay que avergonzarse jamás de aparecer cristiano. Cristo dijo: *El que se avergonzare de mí delante de los hombres, también yo me avergonzaré de él delante de mi Padre que está en los cielos.*

¿Y qué es lo que le da a usted vergüenza? ¿Tener un enfermo en casa? No hay motivo; hoy por unos y mañana por otros. ¿Que vean que es usted cristiana, porque ejecuta acto tan elemental como procurar que un enfermo reciba los Sacramentos a la hora de la muerte? Si de tal cosa se avergüenza usted, no merece siquiera el nombre de cristiana.

Dice usted que no quiere que se entere el vecindario, ¿pero es que con eso comete usted algún crimen? ¿Y qué le importa a usted que se alarmen o se dejen de alarmar? Con tal que no dé usted otro *escándalo* mayor que ese...

En fin, déjese de remilgos y procure que le lleven el Señor a su enfermo públicamente; para que todo el mundo se entere de que su familia es de cristianos y en ella no se deja a las personas morir como los "gochos". Y si van los vecinos a acompañar el Santísimo, mejor que mejor; bien merece un buen cortejo el gran Rey que se digna visitar su casa.

C A X I G A L I N E S

Un jefe revolucionario está almorzando, cuando su criado le dice:

—Señor, un huelguista pregunta por usted.

—Que pase; pero antes retira este pollo y trae los rábanos.

Intransigentes

—Dígame, usted que tanto va a la iglesia: Quien cree en todos los dogmas de la fe, menos en *uno*, ¿es católico?

—No, señor; es hereje.

—¡¡¡Intransigente!!!

—Usted que no va nunca a la Iglesia, dígame: Si es un descomunal disparate afirmar que dos y dos son veinte, ¿podría al menos decirse que dos y dos son cuatro y medio?

—No, señor; porque *sólo* son cuatro.

—¡¡¡Intransigente!!!

SECRETO A VOCES

(Primera confidencia)

—¿Lo prometes...? —Lo prometo.

—¿A nadie...? —A nadie... descuida; ¿Qué? ¿No sabrá Bienvenida Guardar a Juana un secreto?

(Segunda confidente)

—Pilar, prometí callar, Mas Bienvenida en ti fía.

—Cuanto digas, hija mía, A la tumba he de llevar.

(Tercera confidente)

Pilar lo contó a Loreto, Esta a Luz, Luz a Clemencia, Sin omitir la advertencia

De que ante todo... ¡ el secreto!

(Todos lo saben)

Y así fué... Aquella mañana, Antes de las diez del día, El pueblo entero sabía Que Gil casaba con Juana.

ECOS PARROQUIALES

Cultos.—El sábado termina el mes de las Animas y comienza la novena de la Purísima, a las seis de la tarde.

Indulgencias.—Los Terciarios tienen mañana absolución general, e indulgencia plenaria todos los días de la semana.

Bautizados.—El día 17, José Ave-lino Sánchez Aranda, nacido el 6 de éste, González Argüelles 12. El 18, Amelia Nicolasa Monje Valdés, na-cida el 16 de éste, Piñera, calle nueva.

Dios los haga buenos cristianos.

Casados.—El día 16, don Víctor González Retamosa, de San Tirso, con doña Rita Díaz González, vecina de ésta y suscritora de la acción pa-rroquial; y también don José Rodrí-guez y Rodríguez, de Pruvia de Lla-nera, con doña Teresa González Iz-quierdo, de San Julián de los Prados.

Enhorabuena y para servir a Dios.

Fallecidos.—El día 15 doña Clara García Carrocera, de setenta y un años, Azcárraga 7. Recibió los Au-xilios Espirituales y se funeró.

D. E. P., y nuestro pésame a su familia, particularmente a su hijo don Aurelio Posada, suscriptor de la acción parroquial.

También voló al cielo, el día 19, el alma de la niña de catorce meses Sara Vázquez Alvarez, Piñera 27, a cuyos padres acompañamos en el natural sentimiento.

PARA LA ACCION PARROQUIAL

Nueva suscritora mensual, doña Carmen Bueno, Calleja de la Ciega, número 20. Dios se lo pague.

¿QUE HAY DE CATECISMO?

—Usted ahora no sabe hablar más que del salón; ya hace tiempo que nada nos dice de cómo marcha el

Catecismo, que creo yo que sea cosa más importante.

—Y tanto; pues el salón es por y para el Catecismo.

—¿Y qué? ¿Va habiendo ya más asistencia que por el verano?

—Mucha más. Aunque claro está que no asisten todos los que pudie-ran y debieran (sobre todo de los mayores, que al instante levantan el vuelo), no estoy del todo quejoso; pero...

—Ustedes siempre han de tener algún *pero*; nunca se ven del todo sa-tisfechos del comportamiento de la gente.

—No será sólo algún *pero* el que tengamos; habrá tantos...

—¿Y entonces qué es lo que le fal-ta ahora respecto al Catecismo?

—Entre otras cosas, una muy im-portante: catequistas.

—¿Pues no vienen los semina-ristas?

—No. Parece ser que sus superio-res no juzgan conveniente dejarles salir cada semana a recorrer las ca-lles, y por eso no los mandan.

—¿Y entonces cómo se arregla us-ted?

—Con los pocos que aquí había.

—Y no podrán verse con los niños, ¿verdad?

—Claro está; todo lo que sea me-nos de un catequista, y “de agallas”, para diez niños, es imposible. Ya sabe usted que suelen ser el peor de cada casa.

—Con eso quiere usted decir...

—Que hay varias plazas vacantes de catequistas. Lo mismo da hombres que mujeres; solteras, viudas o ca-sadas. Quien tenga verdadero celo de la salvación de las almas y sepa leer y algo de Catecismo, ya sabe a qué atenerle. De la *paga* de estas plazas tal vez hablemos otro día.